

José María Vargas Vila

Aura o las violetas



Aura o las violetas (1887), si bien incorpora ya ciertas licencias en cuanto a puntuación (en todo caso evidentes), es la típica narración romántica. Y a todo aquel que guste del clásico relato con una buena trama, tiene aquí una de las grandes novelas de amor en la que se cuenta lo que el hombre viene contando desde que es hombre (y lo es desde que adquiere la capacidad de contar). En definitiva, una narración para el lector que persigue emocionarse y disfrutar con una hermosa historia de amor imposible, perfectamente pergeñada para ello: Aura y el narrador se conocen desde niños y el roce da paso al amor (planteamiento); pero circunstancias terrenas y, por tanto, de índole material, los separan impidiendo así que ese amor pueda consumarse (nudo) y al final... Bueno, el final siempre hay que dejar que sea el propio lector quien lo descubra.

Aura o las violetas es, además, la primera novela de José María Vargas Vila y quien la lea no dará crédito a las cosas que se dicen de su autor, porque parece escrita (y en el fondo seguro que lo está) por un alma tierna y sencilla... Y es que Vargas Vila (Colombia, 1860 - España, 1933), con una niñez y juventud nada sencillas, no sólo fue ideológica y políticamente radical y revolucionario, sino, también, desde el punto de vista personal, un hombre incómodo que critica a todo y a todos. Y quizá no está claro si fue por tal motivo por lo que anduviera proscrito en los ambientes literarios más eminentes o, por el contrario, sus invectivas fueran la causa de tal proscripción. En todo caso, estamos ante una personalidad plenamente libre: «el Panegírico, es la fortaleza de los esclavos, la Libertad alza el Libelo que es la tribuna de los libres».

Advertencia

Vargas Vila proscribió de la escritura el punto y lo sustituyó por el punto y coma, tras el que hace párrafo aparte, con lo que su estilo semeja una serie de versículos. El punto lo usa únicamente para cerrar el capítulo

A LOS LECTORES

He aquí una relación, no una novela. Si aspiráis a hallar en ella una de aquellas tramas complicadas e interesantes de que tanto gusta la imaginación fecunda de los novelistas; si deseáis el desarrollo de una intriga, o la persecución de un fin moral, social o religioso; si anheláis el purismo del lenguaje, la belleza de las frases, o el clasicismo del estilo finalmente, si deseáis hallar algo de lo que hace interesante o meritoria; una obra, cerrad el libro, porque nada de eso encontraréis en él;

una narración sencilla, desaliñada, natural, casi pueril; el desarrollo de uno de esos dramas del corazón, tan frecuentes en la vida la historia de una pasión como tantas otras las confidencias hechas en el seno de la intimidad por un amigo muerto ya, y escritas luego en playas extranjeras, bajo el dulce recuerdo de la Patria: he ahí lo que son estas páginas;

publicadas, en parte, como folletín, en un Diario de Ciudad-Bolívar, han tenido la vida efímera del periódico, y pronto desaparecerían por completo, si hoy, reuniendo los números dispersos de aquel Diario, haciéndoles algunas correcciones, y completándolas, no las publicara en esta forma. Soy el primero en confesar que nada habrían perdido las letras con su absoluta desaparición, como nada ganan con que vean la luz; pero eso no obsta para que las publique hoy en forma de libro, sin pretensión ninguna. Como sé que no están destinadas a vivir largo tiempo,

sólo deseo para ellas la benevolencia de unos y el olvido
otros eso: les basta.

J.M.V.V

DEDICATORIA

A mis hermanas
Concha y Ana Julia

Vosotras, sabéis muy bien, por qué publico estas páginas; vosotras, fuisteis testigos de la insistencia con que la madre adorada, que acaba de abandonarnos, me suplicaba en su correspondencia, que las publicara, pues sólo conocía fragmentos de ellas;

listas estaban ya, para ver la luz pública, accediendo a su deseo, cuando el destino acaba de arrebatárnosla para siempre, sin que pudiera yo, ausente de la Patria, ni recibir su último suspiro, ni estrecharla por última vez contra mi corazón;

ya sus ojos, no se posarán en estas líneas, ni sus labios repetirán las palabras en ellas escritas;

¡ya la mujer fuerte, la madre mártir, la compañera de mis luchas y mi infortunio, ya no existe! pero, quedáis vosotras, herederas de sus virtudes, imitadoras de su ejemplo; a vosotras, que sois el reflejo de su alma, os las dedico; vuestro amante hermano:

JOSÉ MARÍA.
En San Cristóbal del Táchira, mayo, 1887.

PREFACIO

PARA LA EDICIÓN DEFINITIVA

¡Cómo tiemblan los recuerdos en las páginas dolientes de este libro!...

Triste ronda de hojas muertas, impulsadas por el viento de la tarde...

Hay calor de ceniza en esas hojas...

Cenizas escapadas a un columbario fatal...

Fue el primer libro que escribí en mi vida; poema de adolescencia; escrito en una embriaguez de lágrimas, por un niño solitario, tembloroso aún del primer encuentro con la Vida, que desgarró su corazón...

la claridad infinita de las auroras, brilla aquí con una tristeza, semejante a la de la lámpara veladora, que caía sobre las blancas páginas, en las cuáles la mano inexperta trazaba las líneas del Poema, donde cantaba la música interior de un bello sueño, que tuvo la belleza efímera de una flor que se abrió para morir...

Misericordia de las cosas idas...

La gran belleza de las cosas muertas... diafanizadas en el Misterio;

este libro así tan triste, es como un viejo retrato, que conservará mis facciones de niño, circundadas de aureolas inocentes, húmedas de lágrimas, tal una rosa solitaria, abierta en un jardín en lluvia;

Breviario de mi primer ensueño desvanecido;

Escrito en las largas veladas solitarias, en espera del esplendor de las mañanas futuras...

En las noches estremecidas por el presentimiento del Amor, apenas entrevisto en el cristal de unos ojos, que tenían las tristezas del velamen de una nave que se pierde en el horizonte...

Misteriosamente; bajo el vasto cielo;

Aurora!...

Libro escrito en el dintel de mi adolescencia;

Antes de entrar en esta enorme selva de laureles ultrajados, que fue mi Vida...

¿Cómo no he de amarlo?

misericordiosamente...

como un sudario;

Que envolvió un cuerpo muy amado;

y, se despliega suavemente, piadosamente, cautamente...

en el crepúsculo...

ante la sombra creciente, de la Noche Eterna, que avanza, como una pantera cautelosa, bajada de las montañas del cielo;

a devorarnos...

este libro, tan pequeño, guarda una partícula de Eternidad

la sombra de mi Madre, que se proyecta en él;

la sombra de la cabeza augusta de mi Madre, inclinada sobre

las páginas vírgenes, que se poblaban de signos bajo mi mano.

la sombra de los ojos de mi Madre, sus ojos tan bellos, que se llenaban de lágrimas y, humedecieron con ellas el albor estas páginas, como rocío de un cielo de ternuras,

caído sol las blancas flores de mis sueños, abiertas bajo el candor de sus miradas;

la sombra de las manos de mi Madre, protegiendo estas páginas y ofreciéndomelas luego, en una hora de angustia, como un lirio votivo, como una copa llena del sagrado licor del Silencio y de la Muerte;

dondequiera que yo mire hacia mi lejano Pasado adolescente, veo las manos de mi Madre, extendidas sobre mi cabeza como un palio, puestas sobre mi corazón como un escudo;

sus blancas manos pálidas, bellas como dos Usos de alabastro;

como dos azucenas de cristal;

sensitivas, evocativas, dos magnolias hoy cautivas del sepulcro...;

ya son polvo...

son ceniza...

mas su sombra aun electriza el alma de este Idilio doloroso, que sus ojos vieron florecer, como una pradera de asfódelos en la gran calina lunar;

bajo la caricia opiacente de sus manos tan amadas;

yo, soñé...

a la sombra de sus ojos tan calmados –dos estuarios siderales–;

yo, escribí;

este Poema;

¿fue soñado?

¿fue vivido?

¡oh! ¡el Misterio de las vidas!...

oh! ¡el Secreto de las almas!...

el Silencio también tiene su canción...

cante el alma del Silencio;

hermético; en el Pórtico;

de este libro;

augural.

Rememoro;
en el campo;
casa antigua;
vasta casa solariega, donde el alma de los viejos fundadores de la raza, señoreaba;
sementales de una estirpe de héroes ya vencidos...
cuyos huesos dispersos en lejanas soledades, fueron como polen de libertades, que nacieron y florecieron bajo un sol violento...
y, fenecieron luego;
acaso para siempre...
la casa solitaria, era el último asilo de la raza precaria...
un ambiente tranquilo la rodeaba...
la llenaba de calmas letales;
era como un nido oculto entre rosales;
y, al cual la brisa leda, acaricia con sus alas de seda;
subrepticamente;
el aliento de los siglos, con el alma de los muertos parecía circuir la;
barandajes de madera contorneaban los amplios corredores que se dirían cenobiales, y a los cuales tupidas enredaderas hacían sombra;
más allá, los jardines, primitivos, de una flora multiforme y multicroma, reventaba en yemas cálidas o llenaba con la tristeza magnífica de sus rosas claudicantes la agonía de la tarde...
el alma de los perfumes, errabunda, era como un deseo impreciso;
en el oro claro y triste del crepúsculo;
no había gracia versallesca en los jardines, sino una hosca belleza melancólica; de parajes hechos a la liturgia de los siglos, en fiesta de renovaciones pertinaces;
y, el campo más allá;
extático en la plenitud de sus mirajes;

prodigioso Taumaturgo, el Sol, iba transformando – con Pinceles invisibles– los paisajes oro y gualda, en severas perspectivas, gris profundo, gris sombrío, con color de estagnación, en la pálida esmeralda de los llanos;

procesión de frailes lentos, sembraban los arbustos en el plúmbeo arborescente de sus hojas;

alineados en dos filas, a la orilla de las largas avenidas, inclinaban con el viento sus ramajes argento-bruno, como jóvenes novicios, bajo el gesto bendicente de una mano episcopal;

en su limo verde-crótalo, los estanques somñoleaban, enredando en el cándido abanico de las alas de los ána-des, el cintillo verde-ajenjo, de sus ópalos de espuma;

a la orilla, cisnes contemplativos se miraban en el pálido remanso, como un coro de cantores en redor de un fa-cistol;

más allá rodaba el río, su poema de cristal...

sus canciones seculares exultaban el enojo del paisaje evanescente, que moría lentamente, esfumándose en la sombra;

el rojo peculiar de sus orillas, le daba el aspecto de una cicatriz, por la cual corrieran las linfas de su sombría inquietud;

el alma divina de la Noche se anunciaba sobre la llanura palideciente, que se hacía láctea, con el reflejo de candor del cielo, y, una serena opacidad de mar;

las algas de los esteros, ensayaban y tomaban la forma ranuncular bajo las manos lentas de la sombra en la cual la palpitación de las estrellas, parecía regar pétalos de amarilis deshojados;

los rosales parecían un esbozo de acuarela, en la pálida inmovilidad de sus follajes...

la curva del ala vespertina, hacía dolientes y translúcidos los paisajes;

la fuga de las hojas semejaba una huida de libélulas, azoradas en la onda azulosa...

anemización en los geranios;
hechos diáfanos los lises en su exilio de flores de Misal;
sobre el alto cerro ríspido, dominando la violencia de
su línea limítrofe, la Luna con una palidez de cerámica, di-
señaba su arco en creciente, semejante al cuello de un cis-
ne estrangulado, en el gris metalescente de un lago mer-
curial;
se diría que una lluvia de silencios, caía del cielo páli-
do;
tal era la aparente atonía de las cosas;
adentro de la casa, en la gran sala familiar, toda en
blanco, con blancuras de mezquita, yo leía;
y, mi madre me escuchaba;
absorta, como si la prosa del Poema brotase lentamen-
te di su alma;
se diría que su delicada y suave belleza, irradiaba, co-
mo una llama muy pálida en la Oscuridad;
sus manos reposaban inertes, sobre la falda del traje
oscuro cuasi monacal, que llevaba desde su viudedad;
sólo emergían de esas negruras, su cuello albo y frágil,
y su rostro de una belleza tan triste, que se diría el reposo-
rio de todos los dolores;
su quietud era estatuaria:
toda su vida se había concentrado en sus ojos, aque-
llos dos estuarios de lágrimas, en perpetua visitación de
ellas, y, que en momento empezaban a humedecerse, co-
mo dos cálices de flor llenos del rocío de la noche;
mis hermanas cerca de ella, enlazaban los brazos a su
talle, doblaban la cabeza sobre su seno como dos ánades
miedosos, buscando el ala materna, sobre la landa hostil
donde el crepúsculo muere, magníficamente;
yo, leía las páginas de este Idilio, y, mi voz insegura de
adolescente, pronto a entrar en la juventud, tenía temblo-
res extraños;
el vago sueño de amor allí esbozado, parecía tomar
formas vivas, y la imagen de la Virgen Muerta, coronada

de violetas, se condensaba, apareciendo ante nosotros, como en un miraje de luna en su cándida y flébil gracia de azucena ecuatorial;

el himno del Amor y la Belleza, se escapaba de mis labios como las arenas de una clepsidra,

cayendo en el silencio conmovido, lleno de tiernas afinidades;

a medida que avanzaba en la lectura, el dolor se enseñoreaba de nosotros, y, nos envolvía en uno como velo, formado por las cenizas escavadas de una urna, volando en el aire sutil;

mis hermanas habían ocultado el rostro en el regazo maternal y sollozaban...

el rostro de mi Madre se hacía augusto, pálido bajo las lágrimas, como la trasfloración de un lirio en un cristal;

llegado a las últimas escenas del drama, mí voz se hizo un largo sollozo ininteligible, un grito ahogado, y, en una verdadera crisis de llanto, dejé caer mi cabeza sobre el manuscrito inconcluso...

mi madre vino a mí, levantó mi cabeza, apartó la negra cabellera, y me besó en la frente, ampliamente, largamente, amorosamente, como le hacía hasta poco tiempo antes, cuando niño me refugiaba en su seno para llorar extraños dolores inexplicables; que eran como una transfiguración de mi trágico Destino;

y, ella también lloraba, sobre el manuscrito cándido, que Plegó cuidadosamente sellándolo con un largo beso de amor...

así nació este Poema;

entre lágrimas;

en un auditorio de Amor;

oído, por oídos, que ya devoró la tierra...

besado por labios que se hicieron polvo bajo la tierra...

bautizado por las lágrimas de mi Madre...

¿cómo no querréis que ame yo este Poema, deleznable y manido, hecho sin embargo augusto en mi corazón, por el contacto con las manos de mi madre?

dejadme besar este Poema...

como si besara las manos benditas de mi Madre, que se posaron en él, aquella noche triste;

¡hace ya tantos años!

y, hoy inertes...

bajo la tierra lejana...

que me vio nacer.

Amarilleó el Manuscrito al lado de versos inocentes que nunca vieron la luz;

la corona de mis veinte años se hizo roja en un día de lapidación

empujé con mano viril las puertas del Escándalo, que se abrieron ante mí estrepitosamente, como dos alas de fuego...

pasé bajo su arco ígneo, coronado de mis veinte rosas purpúreas;

la Justicia, me había armado paladín;

y, la Libertad había hecho de mí, su arquero infatigable...

el estrépito de mis luchas políticas, ahogó el clamor del Poema romántico que durmió en el Olvido...

el rojo incandescente de los celajes de mi vida, apagó el cándido azul de los celajes de mi corazón...

un día estalló la guerra;

y, a la guerra fui;

el Manuscrito fue conmigo;

sufrió de las batallas;

y, escapó conmigo él día de la Derrota;
llegó el Exilio; y, al
Exilio fue;
peregrinó conmigo;
y, llegado un día, a las fronteras de la patria, manos
amigas lo recogieron de mi lecho de enfermo para publi-
carlo;
era en 1887;
en San Cristóbal del Táchira;

mi Madre acababa de cerrar los ojos para siempre,
muy lejos de mí;
y, yo creía morir de ese dolor;
un grupo de amigos de la ciudad fronteriza de San Jo-
sé de Cúcuta, organizó una subscripción para publicar es-
te Poema, y mi libro político «Pinceladas sobre la Revolu-
ción de Colombia».
y fueron publicados en Maracaibo;
así vio la luz pública este Manuscrito, trivial y doloroso,
otro encanto que él de su ingenuidad;
fue después de publicado en Curaçao, en un volumen
con «Lo Irreparable» y «Emma», en 1889;
años después fue editado en París, en la casa Bouret;
hoy lo incluyo en la colección de mis Obras Completas,
que publica la Casa Editorial Sopena, de Barcelona, en Es-
paña;
no ensayo defender este libro inexperto de un romanti-
cismo deplorable, y, por el cual no he tenido nunca ningun-
a forma de predilección literaria;
lo considero fuera de mi Obra de novelador, que prin-
cipia en «Flor de Fango» y, viene hasta «Cachorro de
León», que acabo de publicar;
es en esas veinte grandes novelas, y, aun en mis dos
volúmenes de nouvelles, que debe buscarse todo mi arte
de novelar;